

El libro de María Clara Lucchetti ante todo es una buena guía para acompañar la lectura de la obra de Simone Weil e introducirse a su filosofía. Resulta especialmente interesante la vinculación que Lucchetti establece entre la experiencia vital de Simone Weil y su pensamiento. Estructurado en cinco capítulos y tres anexos que recogen escritos imprescindibles de Weil, el primer capítulo del libro se extiende en narrar la «vida y perfil» excepcional de la filósofa francesa, en sus facetas de militante, filósofa y mística. Una trayectoria vital que, en algunos momentos, resulta incomprensible de puro admirable. Lucchetti logra otorgar unidad a las experiencias más diversas de Weil, desgranado los ideales y pasiones que animan a la filósofa francesa, que convencida de las responsabilidades terribles del papel del intelectual, se entregó generosamente a pensar y a luchar por la justicia y la paz, sin reservas de ningún tipo.

De un modo narrativo, que desde el primer momento gana la atención e interés del lector, Lucchetti detalla las preocupaciones de Weil, que desde muy joven, sin abandonarse a la compasión, sintió la necesidad de participar en todas las luchas que pudieran disminuir el sufrimiento creado por la injusticia y la pobreza. Como es sabido, lejos de limitarse a la actividad docente e intelectual, quiso experimentar directamente los efectos de la fuerza bruta y la opresión, compartiendo la vida de los desafortunados, primero en su trabajo en la fábrica y después comprometiéndose en las guerras de su momento. Weil estuvo presente en la Guerra Civil Española, al lado de la CNT, y trabajó clandestinamente en la Resistencia francesa durante la Segunda Guerra Mundial. Al final de su vida, la experiencia religiosa, en concreto de la figura de Cristo, le hizo comprender que frente a la fuerza de la violencia no existe otro camino que «la vulnerabilidad del amor», que es capaz de cargar con el peso de la violencia y sufrirla hasta el final (p. 366). La trayectoria vital de Weil detallada en el primer capítulo, resulta así decisiva para comprender los siguientes: el segundo capítulo dedicado a su pensamiento sobre la violencia y a la noción de fuerza, y el tercero donde Lucchetti analiza el nexo entre violencia y religión.

Al comienzo del capítulo segundo, Lucchetti declara su interés por descubrir caminos hacia una ética constructiva que abra caminos hacia el *ethos* del amor y se declara convencida de que, hay que confrontar la violencia que diezma nuestras sociedades con una ontología relacional que recree una lógica nueva para descifrar los enigmas del ser humano. Con este espíritu, que se comprueba a lo largo del libro, se adentra en las lúcidas reflexiones de Weil sobre la violencia, destacando varios momentos. En primer lugar, sus ensayos de 1933 (*Réflexions sur la guerre*), donde se interesa no tanto por demonizar el uso de la violencia, como por conocer los mecanismos de la guerra. Después, a propósito de su propia experiencia en la Guerra civil española, Weil escribe varios artículos: *Non intervention* (1936-1937), donde declara su apoyo a la política de León Blum del Frente Popular; el texto *Réflexions pour déplair*, donde desvela algunas dobleces de la Guerra civil española; y finalmente la carta que escribe a Georges Bernanos, incluida con acierto en el Anexo I del libro. Ahí, Weil confiesa su profunda decepción por su experiencia vivida junto a los milicianos. Comprueba que lo que creía ser una batalla de pobres campesinos contra ricos terratenientes, era en realidad «una guerra entre Rusia, Alemania e Italia». Sobre todo, experimenta un profundo dolor al comprobar directamente los efectos de la impunidad, pues descubre con horror que en la guerra existe, de una y otra parte, «un

contagio y una embriaguez por matar a los que es imposible resistirse sin la fuerza del alma excepcional». Siguen los textos pacifistas de la autora, entre los que destaca el texto *La Iliada o el poema de la fuerza* (1940-1941), que representa un momento de transición en su pensamiento sobre la violencia y la paz, y que se puede leer en el Anexo II del libro. Inspirada en una obra de teatro pacifista de Jean Giraudoux: *La guerra de Troya no tendrá lugar*, expone una idea central en las reflexiones de Simone Weil sobre la violencia: su poder de reducir al ser humano en cosa. La fuerza, la violencia, resulta mortífera no sólo para quien la sufre, sino también para quien la ejerce y se sirve de ella. Aplasta a quien toca, apunta Weil, al verdugo y a la víctima, pues «petrifica» sus almas. Durante el periodo de 1940-1941, Simone expresará también su pensamiento sobre la violencia en escritos espirituales dirigidos al padre Perrin y Couturier, incluidos en algunos fragmentos de los *Cahiers*, y sobre todo en su obra *L'Enracinement*, un texto decisivo que su muerte prematura dejó incompleto, y donde defiende que el arraigo, una de las necesidades humanas más importantes, es una de las más descuidadas.

El libro de Luchetti también detalla los últimos años de la vida de Simone Weil, luchando siempre por participar en los grandes dramas y conflictos de su tiempo. Este es el sentido de su *Projet d'une formation d'infirmières de première ligne*, texto incluido muy oportunamente en el Anexo III del libro. Dicho plan no tenía para ella un alcance exclusivamente humanitario, sino también político. Con la formación especial de enfermeras de primera línea, dispuestas a prestar los servicios humanitarios en plena batalla, Weil consideraba que se desafiaría a la brutalidad que el enemigo imponía. La ayuda directa prestada por esas mujeres, sedientas de entrega y capaces de sacrificio, tendría una fuerza simbólica «capaz de golpear la imaginación». Sin embargo, la muerte de Simone Weil a los treinta y cuatro años hará imposible su deseo de una muerte «solidaria».

El tercer capítulo del libro de Luchetti precisa los motivos de la crítica de la pensadora francesa al judaísmo y al cristianismo, y su fe en un Dios esencialmente no violento, cuyo amor es inseparable del amor al otro. Por este motivo, la figura de Cristo representa para Weil la conciliación del sufrimiento humano y la perfección de Dios, la redentora transformación del mal, en virtud del sufrimiento libremente padecido. Lucchetti comprueba que el pensamiento de Weil sobre la violencia y la no violencia es inseparable de su experiencia mística, encontrando el parámetro para criticar la violencia en el Evangelio del Cristo crucificado. Quizá en ese tercer capítulo, el lector eche de menos un desarrollo y profundización de determinadas reflexiones religiosas claves de Weil, entre otras, sobre la Gracia y la compasión.

En los dos últimos capítulos, el libro cambia de sesgo y Luchetti presenta el pensamiento de Weil en relación con otros pensadores de su tiempo. En el cuarto capítulo, se presenta la ética de la alteridad de Levinas y la antropología del sacrificio de René Girard. El capítulo quinto, se dedica a Simone Weil en diálogo con otras mujeres extraordinarias de su tiempo: Edith Stein y Etty Hillesum, comparando las tres historias de vida, su común resistencia a la violencia y sus experiencias místicas. A pesar del indudable interés de todos estos autores, a mi juicio resultan más logrados los dos primeros capítulos del libro de María Clara Lucchetti, pues en los últimos se repiten algunas de los pensamientos centrales de Weil que ya habían sido recogidos en los primeros. Además, conforme avanza el libro, el lector detecta abundantes ga-

licismos en la traducción que distraen la atención de una lectura que resulta fluida gracias a la claridad de ideas de Luchetti.

En todo caso y para terminar, el libro de Lucchetti resulta aconsejable, sobre todo por su habilidad para presentar esa mezcla de «coraje y fragilidad, compasión, deseo de entrega y valentía, razón y pasión» (p. 164) que se destila en la obra y en la vida comprometida de Simone Weil, una pensadora imprescindible en nuestros días por sus lúcidas reflexiones sobre el peso de la violencia y las fuerzas espirituales necesarias para contrarrestarles. Leer, además, los escritos de Weil incluidos en los Anexos resulta un verdadero regalo.

ALICIA VILLAR EZCURRA

J. WILLIGIS, *Sabiduría de Occidente y Oriente. Visiones de una espiritualidad integral*, Desclée de Brouwer: Bilbao, 2008, 103 pp.

El autor muestra una espiritualidad moderna y transconfesional que aporta respuestas a los interrogantes de los buscadores espirituales del siglo XXI. Como benedictino y maestro zen, se inspira en la mística cristiana y en el zen oriental y va más allá de las ideas tradicionales de las religiones. Su visión de una espiritualidad integral une el gran tesoro de la sabiduría de Oriente y Occidente.

Desde el año 2003 es el guía espiritual del Benediktushof en Holzkiirchen, Alemania, un centro internacional dedicado a los caminos espirituales. Su visión de una espiritualidad global está siendo vivida por una comunidad, en constante crecimiento, en el mundo entero. Maestros y maestras zen de la escuela Sanbo-Kyodan y maestros y maestras de contemplación de la Escuela de Contemplación de Würzburg, autorizados por él, cooperan internacionalmente en este camino espiritual.

* * * *

A través de las páginas el autor va señalando como la civilización occidental, pese a su dominio tecnológico adolece de profundidad, en ella e impera una gran superficialidad en los planteamientos de la mayoría de las personas. Hace una propuesta para vivir de «forma nueva» el núcleo de cada religiosidad desde una profunda experiencia. La religión auténtica une a las personas, las une a la realidad total y libera de muchos apegos innecesarios; la libertad es el pilar de toda religión. En el Corán se recoge que en la religión no puede haber coacción. La persona de fe no puede comprenderlo todo, se sabe ante lo infinito, tiene conciencia de la propia ignorancia, el querer dominarlo todo ha hecho daño en la historia de los creyentes de las distintas religiones. Ya Nicolás de Cusa habló de la *docta ignorantia* y Evagrius Pónticus dijo: «Bienaventurados son los que han alcanzado la ignorancia infinita» (p. 13). El autor insiste, a lo largo de toda la obra, en la libertad de los hijos de Dios, sea cual sea su denominación. En todo ser humano, aunque no lo sepa, hay sed de una experiencia trascendental, aunque no se sienta identificado con una religión concreta.